

¿QUÉ TIERRA ES ÉSTA, JUAN RULFO?
UN HOMENAJE

Rafael Olea Franco
Editor



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

RAFAEL OLEA FRANCO, “Nota de presentación”	9
FRANÇOISE PERUS, “La narrativa de Juan Rulfo, una ética de la forma”	15
MARGO GLANTZ, “Los hijos de Pedro Páramo”	75
ANTONIO CAJERO, “Las tramas y el entramado de <i>Pedro Páramo</i> : de la génesis a la <i>editio princeps</i> ”	103
ALEJANDRA G. AMATTO CUÑA, “El problema de la caracterización fantástica en <i>Pedro Páramo</i> : apuntes para una reflexión crítica”	157
YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ, “Del Llano, la Historia y la Liberación del Centro en Juan Rulfo”	201

RAFAEL OLEA FRANCO, “José Emilio Pacheco, lector creativo de Juan Rulfo”	245
Epílogo: RAFAEL OLEA FRANCO, “Margo Glantz: de la diversidad de las cosas y de la literatura”	305

NOTA DE PRESENTACIÓN

Durante muchos años se creyó, a partir de las declaraciones del propio Juan Rulfo (1917-1986), que él había nacido en 1918. Según Juan José Arreola, la confusión del dato se había originado en un acto de compañerismo, porque Rulfo deseaba hacerse partícipe de la generación del propio Arreola, Alí Chumacero, José Luis Martínez y Jorge González Durán, todos ellos nacidos, efectivamente, en 1918. Cuando un escritor alcanza el nivel de reconocimiento que tuvo Rulfo, todo lo que se relaciona con él nos interesa. Así, hubo acuciosos investigadores que realizaron auténticas labores detectivescas para ubicar la fecha y lugar de nacimiento del escritor jalisciense. Por ejemplo, Munguía publicó el facsímil del acta de nacimiento, donde consta que Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo, su nombre oficial completo, nació el 16 de mayo de 1917 en el pueblo de Sayula.¹

¹ Federico Munguía Cárdenas, *Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo*, Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco, Guadalajara, 1987, p. 20.

Respecto del lugar, Rulfo solía decir que había visto la luz en San Gabriel, o bien en Apulco, sitios también cercanos a su familia y a sus experiencias vitales. Ya se sabe que, en México, a veces estos datos están supeditados a las tradiciones culturales y religiosas, por lo cual alguien puede dar mayor validez a la partida de bautismo, pongamos por caso. Por cierto: en las diversas zonas de Jalisco abundan las historias orales sobre los padres que llevaron a sus hijos al registro civil sin saber a ciencia cierta la fecha exacta de su nacimiento (de la grafía de los nombres mejor ni hablar, porque puede haber fuertes variantes en ella, motivadas tanto por el descuido como por la poca familiaridad con la cultura letrada).

En 2017, todos quisimos celebrar el centenario del nacimiento de Juan Rulfo, como mínimo agradecimiento por lo que nos legó. Creo que no yerro al afirmar que cualquier lector de *“El Llano en llamas”* y otros cuentos (1953), su título original, y de *Pedro Páramo* (1955) vuelve a quedar tan sorprendido con la relectura de estas obras como lo estuvo la primera vez (o quizá más, porque en las lecturas posteriores empieza uno a distinguir notables rasgos de su escritura que no fueron perceptibles la primera vez). A mi entender, lo más extraordinario del homenaje de 2017 es que adquirió carácter “nacional”. Y al usar este adjetivo, no me refiero a la participación de ninguna institución oficial que

le haya dado esa cualidad, sino al hecho de que, de manera espontánea, en todas las latitudes del país se organizaron diversas actividades para conmemorarlo, desde lecturas públicas de su obra hasta coloquios o seminarios académicos sobre ella.

El Colegio de México también fue parte de este colectivo acto de celebración. Por ello, el 1 de diciembre de 2017 organizó un coloquio sobre la obra de Rulfo; sin demeritar a la persona, nos sigue interesando más la obra, la cual debe ser el eje de nuestras reflexiones académicas (en contra de la reciente y perniciosa tendencia, opino yo, de desplazar a la obra por la persona). Los trabajos derivados de esa reunión académica, ahora en una versión más amplia, forman parte de este volumen. Tuvimos la fortuna de que a ellos se pudiera sumar la conferencia magistral impartida el 25 de octubre de 2017 por Margo Glantz en El Colegio de México, cuando ella recibió el Premio Alfonso Reyes por su labor como escritora y académica. ¿Y sobre qué otro tema podría ella, tan conocedora de la literatura mexicana, haber disertado en el centenario del nacimiento de Rulfo?

Nunca he sido partidario de los prólogos extensos (ni de los epílogos explicativos, sean breves o largos). Por ello, no creo conveniente adelantar aquí el contenido de cada trabajo, ni sus alcances; éstos dependerán más bien de la lectura individual de cada quien, pues

dudo que un prólogo pueda persuadir a alguien de que un ensayo contiene algo que no percibe. En lugar de ello, prefiero hacer un par de comentarios generales motivados por el trabajo de edición de este libro.²

En primer lugar, se notará que, de manera deliberada, no se ha buscado uniformar las ediciones de la obra de Rulfo consultadas para la redacción de estos ensayos. La razón para ello es que las múltiples ediciones asequibles nos muestran a un escritor en movimiento perpetuo. Pongo un simple ejemplo, proveniente de *Pedro Páramo*: el pasaje donde el padre Rentería lleva a Pedro Páramo a un recién nacido cuya madre ha muerto al alumbrarlo, no sin antes confesar que es hijo del dueño de la Media Luna. Cuando Pedro Páramo sugiere al padre Rentería que se quede con el niño para formar lo como cura, él rechaza la propuesta, pues argumenta que, siendo hijo de Pedro Páramo, no tiene buena sangre; para probarle que se equivoca, el cacique acepta encargarse de ese niño, quien eventualmente se convertirá en Miguel Páramo; al concordar con la decisión, el padre Rentería aduce: “—En eso pensé, precisamente. Al menos con usted no le faltará el sustento”. Ésta es la lección más difundida. Sin embargo, el

² Agradezco el apoyo de Catherine Cosette Chi Güemez y de Daniel Rebollo Vieyra en el proceso de edición.

texto de las ediciones de 1955 y 1959 decía: “—En eso pensé, precisamente. Al menos con usted no le faltará cobijo”. Y, más antiguamente todavía, *Los cuadernos de Juan Rulfo* contienen el siguiente borrador de la misma secuencia narrativa: “—En eso pensé, precisamente. Al menos con usted no le faltará misericordia”. Las palabras “cobijo” y “sustento” están en el mismo campo semántico, pero no son sinónimos; “misericordia” añadía un matiz religioso al asunto, porque se trata de un atributo divino, quizá poco pertinente para el personaje en que finalmente se convierte Pedro Páramo. Y digo esto último porque en *Los cuadernos*, cuando el padre Rentería piensa en cómo se adueñó Pedro Páramo de todo, se refiere a él como “gente baja”; en cambio, en el texto de la novela impresa él rememora que era “cosa baja”. Este proceso de cosificación coincide con el que aplica Pedro Páramo al recién nacido, porque, al momento de ordenarle a Damiana que se encargue de él, se refiere al niño como “esa cosa”. En fin, sirva este ejemplo para mostrar la imposibilidad de uniformar las ediciones de la obra de Rulfo usadas en los trabajos críticos, pues todas ellas contienen matices semánticos relevantes.

En segundo lugar, varios de los ensayos de este volumen acuden a *Los cuadernos* como una fuente para dialogar con la obra revisada y publicada por Rulfo. A mi juicio, este material, por más fragmentario y provisional

que sea, ofrece una vía productiva para analizar el proceso de escritura del autor, en dos sentidos. En principio, esos fragmentos sirven para ver cómo la maravillosa poesía narrativa de Rulfo estaba ya en algunos de sus borradores primigenios. También nos ayudan a distinguir el proceso artístico mediante el cual él fue puliendo sus textos hasta dejarlos como los conocemos. Con toda su precariedad, en ellos es posible observar a Rulfo antes de Rulfo, es decir, al escritor en ciernes antes del artista consagrado.

¿Por qué seguimos buscando el sentido y los significados de la obra de Rulfo? Tal vez porque, a más de sesenta años de la publicación de sus dos libros, éstos se han convertido para nosotros en clásicos, pues cumplen con una de las probables acepciones del término enunciadas por Borges, ya clásica: “Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término”.³ Sí, sin duda, las páginas que nos heredó Rulfo siguen motivando en nosotros interpretaciones sin término.

RAFAEL OLEA FRANCO

³ Jorge Luis Borges, “Sobre los clásicos”, en *Obras completas II*, Emecé, Barcelona, 1996, p. 151.